

acaba de ceñirle haciéndole caballero. Avergonzaos de tan monstruosa ingratitud; prometed á Dios rescatar tan grandes excesos; y juradle para lo venidero durable fidelidad.

### III

Considerad que vuestros pecados, ó van á llegar al colmo ó por lo menos están muy cerca de colmar la medida.

I.—A pesar de la gran multitud de vuestros pecados pasados, podríais dejaros arrastrar á cometer otros todavía, en la confianza de que, por la penitencia, reparareis los perjuicios que hayais hecho; mas esta es una ilusión muy funesta; porque en efecto, quien peca mortalmente se pone en un estado del cual no está cierto que pueda salir. Los teólogos, fundándose en la autoridad de las divinas Escrituras y de los Santos Padres, enseñan que Dios ha fijado para cada uno tal número, tal medida de iniquidades que le ha de soportar: pasado este límite, no quiere usar ya de su misericordia. Así es que quita al pecador ó la vida, ó los sentidos, ó por lo menos los auxilios eficaces de su gracia: y aunque sin estos socorros particulares, bien podría volver á levantarse, y salvarse, mas de hecho, no se levantará y en verdad perecerá eternamente. Ahora bien, este número no es el mismo para todos, pues para algunos aun bastará un solo pecado. Los Angeles prevaricadores ¿no fueron condenados al infierno desde su primer pecado? Para otros, el número que se les tolere llegará hasta mil, para otros hasta cien; en fin, para otros hasta cuatro solamente. «Por tres crímenes de Israel, y por cuatro no cambiaré mi sentencia.»<sup>1</sup> Y no digais que la divina misericordia es infinita y sin límites; pues aunque esto es verdad de la misericordia considerada en sí misma, pero no de la misericordia considerada en sus efectos. La divina Omnipotencia es también infinita, y sin embargo, las

<sup>1</sup> Super tribus sceleribus Israel, et super quatuor non convertam eum. Amos. II, 6.

criaturas que ha creado en el mundo son en número limitado; así la divina misericordia permanece infinita, aunque las obras de esta misericordia sean finitas en su número. Ahora bien, ¿qué sería de vos si después de haber cometido tantos pecados, os atreviéseis á cometer tan solo uno, y si este último pecado colmase la medida? Seríais perdido: temblad pues al pensamiento de este peligro y tomad la resolución de evitar toda falta como evitaríais un monstruo pronto á devoraros. «Huid del pecado como de una serpiente.»<sup>1</sup>

2.—Más; aun cuando el primer pecado que hiciéseis en lo venidero, no debiese completar el número de las culpas que el Señor ha determinado soportaros, debíais por lo menos temer que no abra el camino al último, pues así este pecado llegaría á ser la causa, si no próxima, por lo menos remota, si no inmediata, por lo menos mediata, de vuestra condenación. Y esta desgracia os sucedería, si Dios, como acostumbra hacerlo muchas veces, emplease para castigarlo, aun después de haberlo perdonado, la terrible pena del abandono. Privado de su asistencia especial, llegaríais de una caída á otra caída hasta el fondo del abismo. Pedid al Padre de las misericordias que os libre, por los méritos del Redentor, de una pena tan espantosa.

*Ineffabitem nobis Domine misericordiam tuam clementer ostende, ut simul nos et a peccatis omnibus exuas, et a pœnis, quas pro his mereremur, eripias. Per Christum Dominum nostrum. Amen.*

LECTURA. Imit. L. III, 14.

## V. MEDITACION

### Sobre la muerte.

#### TERCER DIA.

Para vivir lejos del pecado, no hay mejor medio que acordarse de las verdades eternas. «Acuérdate de tus postrime-

<sup>1</sup> Quasi a facie colubri fuge peccata. *Eccli.* XXI, 2.

rías, y no pecarás jamás.»<sup>1</sup> He aquí porqué, luego después de haber meditado sobre el pecado, debemos meditar sobre la muerte.

ORACION PREPARATORIA.

I. *Preludic.*—Imaginaos que estais extendido en vuestro lecho de muerte, en el último día de vuestra vida. Los médicos os han abandonado; un cirio bendito arde en vuestras manos; y á vuestro lado, un sacerdote os dirige las palabras que el profeta Isaías dijo en igual ocasión al rey Ezequías: «Arregla los negocios de tu casa, porque vas á morir, y ya no vivirás.»<sup>2</sup>

2. *Preludio.*—Pedid á Dios, luz para conocer los caracteres de la muerte. Aprended más particularmente el mal que trae consigo la muerte del pecador, y el bien que trae consigo la muerte de los justos. Pedid la gracia de evitar la primera y de obtener la segunda. Para esto, repetid las palabras siguientes: «Alumbrad mis ojos á fin de que no me duerma jamás en la muerte;»<sup>3</sup> ó bien decid éstas de Balaam: «Que yo muera de la muerte de los justos y que mis últimos momentos se asemejen á los suyos.»<sup>4</sup> Estos dos textos os servirán de oraciones jaculatorias para la mañana.

Esta meditación comprende tres puntos: 1º, la muerte es cierta é incierta; 2º, la muerte engaña y desengaña; 3º, la muerte atrae y espanta.

I

Considerad cómo la muerte es cierta, en el hecho, é incierta en sus circunstancias.

I.—Es muy cierto que morireis; y respecto á esto en vano

1 Memorare novissima tua et in æternum non peccabis. *Eccli.* VII, 40.

2 Dispone domui tuæ, morieris enim tu, et non vives. *Is.* XXXVIII, 1.

3 Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte. *Ps.* XII, 4.

4 Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. *Num.* XXIII, 10.

querríais negarlo: pues es una verdad cuya certidumbre no admite el *puede ser*. Los otros accidentes humanos están sujetos á la incertidumbre; bien podeis decir: «puede ser que gane este proceso; adquiriré tal vez este amigo; quizá me curaré de este mal.» Mas en nuestro caso, no hay *no puede ser*: no podeis decir: «puede ser que muera y puede ser que no muera,» porque está fuera de duda que todo el que ha nacido debe morir. Ni la experiencia de todos los días, ni la razón natural, ni la fe sobrenatural permiten que la más ligera nube oscurezca esta clarísima verdad. La experiencia os hace ver cada día alguno que muere: la razón os enseña que estais compuesto de elementos contrarios, sujetos á la corrupción, que estais expuesto á mil peligros mortales é inevitables: y la fé os dice: «Decretado está que todos los hombres deben morir una sola vez. »<sup>1</sup> Todos debemos morir, grandes y pequeños, ricos y pobres, jóvenes y ancianos. No nos hagamos ilusiones: es segurísimo que llegará un día en que si estamos vivos por la mañana, estaremos muertos á la noche; ó si vivimos por la noche ya no viviremos á la mañana siguiente. ¿Habeis visto alguna vez morir á alguno? ¿Habeis visto cómo se llevan á este hombre muerto al sepulcro? ¿Cómo lo sepultan en la tierra en donde se convierte en pasto de los gusanos? Pues tened por seguro que lo mismo os sucederá: también sereis separado de todo bien sensible, de la amistad, de las conversaciones, de los divertimientos, de las pompas, de las riquezas, de los placeres, y de todo lo que procurais para contentar vuestros sentidos. Después de vuestra muerte, vuestro cuerpo será arrojado de vuestra casa, y las personas más queridas de vuestra familia, para no sufrir la fetidez, lo harán llevar á un sepulcro en donde servirá de suntuoso banquete á los gusanos. Si estais seguro que esta es una verdad incontestable, ¿porqué pues vivís como si nunca debíerais morir? ¿Porqué dejais apegar tanto vuestro corazón á lo que ciertamente debeis abandonar? ¿Para qué acariciar tanto un saco

1 Statutum est omnibus hominibus semel mori. *Heb.* IX, 27.

de podredumbre, amar con pasión unos bienes pasajeros, y acumular tantas posesiones vanas que serán enteramente inútiles para la eternidad? Vuestra conducta se asemeja á la de un mercader que carga con efectos un navío, teniendo por cierto que en ese viaje naufragará el navío y se irá al fondo del mar. Os asemejais también á un peregrino que estando en camino para volver á su patria se provee de monedas que no circulan allá. «¿Porque amais la vanidad y buscáis la mentira? <sup>1</sup> » Pues bien, si hasta ahora habeis sido bastante inconsiderado para amontonar con tanto cuidado lo que ciertamente os arrebatará la muerte, tomad la resolución de aplicaros á la adquisición de los tesoros que no podrá arrebatáros ningún ladrón. <sup>2</sup> Morid antes que llegue la muerte, despegándoos de todo afecto á los bienes que pasan; y entonces sereis del número de los bienaventurados que mueren en el Señor. <sup>3</sup>

2.—No obstante, tan cierto como es que debéis morir, así es cierto que ignorais en qué lugar, en qué tiempo y cómo habeis de morir. No conoceis el lugar de vuestra muerte; y tal vez os lisonjeais de que vendrá á vuestro lecho, después de haberos dado aviso por alguna enfermedad grave, después que hayais recibido todos los últimos sacramentos, y después que hayais arreglado los intereses de vuestra alma y los negocios de vuestra familia: mas esto es una vana ilusión. No, no sabeis verdaderamente si morireis en vuestro aposento ó fuera de la casa, en la ciudad ó en el campo, en viaje ó durante el sueño, pues no hay lugar en donde la muerte no pueda acometeros. Lo mismo sucede con el tiempo. Quizá os lisonjeais de morir después de muchos años, en una edad muy avanzada y cuando el vivir sea para vos quizá más penoso que morir. Mas lo cierto es que no sabeis si partireis de este mundo en la juventud, en la edad madura ó en la vejez, este año, ó más tarde, en este

<sup>1</sup> Ut quid diligitis vanitatem et queritis mendicium? Ps. IV, 3.

<sup>2</sup> Facite vobis sacculos qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cælis quo fur non appropriat. Luc. XII, 33.

<sup>3</sup> Beati mortui qui in Domino moriuntur. Apoc. XIV, 13.

mes, en esta semana ó en este mismo día. Igualmente es incierto de qué muerte morireis; si de muerte natural ó violenta, de muerte lenta ó de muerte súbita; y lo que sobre todo debe haceros temblar, és, que no sabeis si morireis en gracia ó en desgracia de Dios. Por esto Jesucristo Nuestro Señor, en su Evangelio, tanto por consejos como por parábolas, muchas veces nos advierte que estemos siempre prontos y que velemos siempre. Las vírgenes esperan al esposo y no saben cuándo vendrá; el amo sabe que los ladrones penetrarán de noche en su casa, pero ignora la hora de su llegada; los criados esperan, muy avanzada la noche, la vuelta de su amo, pero no saben si vendrá á la primera, ó á la segunda ó á la tercera vigilia, tres términos símbolo de nuestras tres edades: la juventud, la virilidad y la vejez. ¿Qué sería de vos si este día fuese para vos el último; si en este momento debiérais morir? ¿Estaríais en estado de hacer el gran viaje de esta vida á la otra? Grande sería vuestra ceguera, si previniendo con tanta solicitud todos los riesgos que podríais correr en vuestros negocios temporales no advirtiérais aquellos en los cuales os encontrais de perder en un negocio más importante, vuestra salvación eterna. ¿De qué os servirá el haber reunido los medios de vivir con todas las comodidades durante la vejez, si hoy mismo debiérais dejar este mundo y pasar al otro? Seríais muy digno de este reproche: «¡Insensato! esta misma noche se te pedirá tu alma, y lo que has atesorado, ¿para quién será? <sup>1</sup> » ¿No estareis expuesto á los accidentes que á otros han sobrevenido? Uno se ahogó en un río; el otro fué aplastado por unas ruinas; éste fué muerto por una bala; aquél se durmió bueno y sano, y le encontraron en el lecho herido de muerte súbita. Conviene pues, para obrar con prudencia, proveer en primer lugar á lo que es más importante: conviene prepararse, ó por mejor decir, estar ya presto á este pasaje del cual depende la eternidad: «Estad prontos, porque el Hijo

<sup>1</sup> Steilte, hac nocte animam tuam repentem a te; quæ autem parasti, cujus erunt? Luc. XII, 20.

del hombre vendrá á la hora que menos lo penseis. <sup>1</sup> » Conviene hacer cada cosa, cada confesión, cada comunión como si debiera ser la última; y hacer estos ejercicios espirituales como si fueran el último auxilio que Dios os concede para salvaros. Se trata de un negocio muy grave, en el cual la falta de solicitud puede ser la ruina de un negocio en el cual el error una vez cometido es irremediable, porque no se muere más que una sola vez; si morís mal una vez, sois perdido para toda la eternidad; y si morís bien una vez, sois eternamente bienaventurado. «Si el árbol cae al medio día ó al septentrion, de cualquier lado que caiga allí permanecerá. <sup>2</sup> » Tomad, pues, la resolución de tomar una buena dirección para caer bien, porque allí donde caigais al morir allí permanecerás por toda la eternidad.

## II

Considerad que la muerte engaña y desengaña, pues como se lee en los Salmos: «Que la muerte caiga sobre ellos: que la muerte los engañe; <sup>3</sup> » y según otra versión: *Mors decipiat illos*. Desengaña: como dice en el Eclesiástico: «Oh muerte, tu juicio es bueno. <sup>4</sup> » Engaña fingiendo estar lejana cuando está próxima: desengaña cuando es ya no solamente próxima sino inminente.

I.—La muerte os engaña cuando finge estar lejana. Siempre está más cerca de lo que creis: por mejor decir, en cierto sentido verdadero, puede decirse que está siempre presente, no sólo en su causa, es decir, en los elementos diversos que constituyen el cuerpo, y que luchando entre sí, están por consiguiente en hostilidad con la vida; sino también en sus efectos, puesto que el hombre no comienza á morir

<sup>1</sup> Estote parati quia qua hora non putatis Filius hominis veniet. *Luc.* XII, 40.

<sup>2</sup> Si ceciderit lignum ad austrum, aut ad aquilonem, in quo loco ceciderit, ibi erit. *Ecc.* XI, 3.

<sup>3</sup> Veniat mors super illos. *Ps.* LI, 16.

<sup>4</sup> O mors, bonum est iudicium tuum, *Ecc.* XII, 3.

solamente cuando el alma se separa del cuerpo, sino desde el primer instante de su existencia. La última hora de nuestra vida no hace la muerte, sino que la termina: pues cada día nos va quitando un fragmento de vida, y cada hora es para nosotros una hora menos que vivir. Si el año que pasó teníamos que vivir todavía diez años, este año no nos quedan mas que nueve: y no vayais á creer que el resto de vuestra vida debe ser más largo porque confieis en la flor de vuestra edad, en una salud perfecta ó en la robustez de vuestras fuerzas.

La muerte no cosecha solamente las espigas maduras, sino muchas veces corta la yerba y las flores más frescas: ¡Cuántos jóvenes habeis oído decir que han muerto, y aun tal vez los habeis visto con vuestros ojos tendidos en el féretro! Por otra parte, aun cuando hubieran de vivir años y años, pensad que el tiempo pasa con vuelo rápido; y si nó, volved la vista hacia atrás, y ved cuan pronto han transcurrido los veinte, los treinta, ó los cuarenta años de vuestra vida pasada, y estad seguro que los años que tal vez creéis poder vivir todavía, transcurrirán con la misma rapidez. Sí, con mucha razón nos representa San Juan en el Apocalipsis á la muerte en pie sobre un carro que con rapidez se dirige hacia nosotros, y por muy lejana que la creamos, presto nos encuentra. De aquí sacamos esta consecuencia del Apóstol: «Así, pues, mientras que tenemos tiempo, obremos el bien, <sup>1</sup> » No tardeis en mudar de vida; el tiempo va á faltar porque la muerte está cerca: si tardais más, no pensareis en vos al morir, porque en vida no habeis pensado en Dios. <sup>2</sup>

2.—La muerte desengaña cuando es inminente. A la luz de esa antorcha bendita que arde á la cabecera del moribundo, ¡cuántas verdades se descubren, que antes estaban escondidas y aun se miraban como errores! Ahora os encontráis como en medio de una densa niebla; no distinguís

<sup>1</sup> Ergo dum tempus habemus, operemur bonum. *Galat.* VI, 10.

<sup>2</sup> Æquissime percutitur hac animadversione peccator, ut moriens obliviscatur sui, qui vivens oblitus est Dei. *S. Aug. Serm.* 10 de Sanct.

bien las cosas presentes ni mucho menos las cosas lejanas: entonces por el contrario, esa antorcha, como el sol, aclarará la niebla y hará parecer las cosas tales como son: Ahora, «encontrais bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno.»<sup>1</sup> La mortificación de los sentidos, la soledad, la penitencia, os parecen desagradables y espantosas; las diversiones y aun el pecado os parecen amables y llenas de dulces atractivos: por muy pequeña que sea vuestra penitencia, os parece grande; y por grandes que sean vuestros pecados os parecen pequeños.

En suma, todo lo que hay de bien y mal sensible en el mundo os parece cosa grande; y por el contrario, el bien y el mal en la otra vida os parecen de poca importancia; ó por lo menos, no os parece que merezcan ser preferidos á los bienes y á los males presentes. La muerte hará caer esta venda funesta que os impide ver la luz; entonces también abriéis los ojos que ahora teneis cerrados á la verdad. «El rico, en el día de su sueño, abrirá los ojos y nada encontrará.»<sup>2</sup> Este rico eclesiástico, que ha llegado, quizá por medios injustos y simoniacos á obtener un beneficio más opulento, se apercibirá en fin, que todo acaba, y que todo es nada en comparación de la eternidad. ¿Qué aprecio hará entonces de las grandes rentas que le hicieron prevaricar? ¿Qué idea se formará del pecado que cometió para obtenerlas, y que en otro tiempo le parecía tan ligero? Se tratará á sí mismo de insensato, por haberse burlado de esos clérigos ejemplares á quienes debía imitar, y por haber seguido el ejemplo de los disolutos de quienes debía huir. Entonces caerá esa confianza presuntuosa en la divina misericordia; y entonces crecerá el justo temor de la divina justicia. Entonces se pesarán todas las cosas con los verdaderos pesos del santuario y nó con las falsas balanzas del mundo. Sí, ahora los pecadores «no saben lo que hacen;»<sup>3</sup> todo hombre peca por ignorancia.

<sup>1</sup> Dicitis bonum malum, et malum bonum. Is. V, 20.

<sup>2</sup> Dives cum dormierit, aperiet oculos et nihil inveniet. Job. XXVII, 19.

<sup>3</sup> Nesciunt quid faciunt. Luc. XXIII, 34. Omnis peccans ignorans.

No esperéis pues, para desengañaros, aquella hora en que la desilusión no servirá mas que para acrecentar vuestros terrores; estudiad ahora estas verdades que descubriréis entonces demasiado tarde. Sobre todo confundíos por no haber aprendido todavía la ciencia de bien morir; pues Dios no os concede todo el tiempo de la vida, mas que para adquirirla.

### III

Considerad que no hay más que dos clases de muerte, la buena y la mala: la primera es la muerte de los justos, la segunda es la muerte de los pecadores; la primera atrae y la segunda espanta. Es menester que escojais una de estas dos muertes; porque de vos depende el morir bien ó morir mal. Considerad pues los caracteres de estas dos muertes á fin de que no erreis en vuestra elección.

I.—La muerte de los justos, ya sea que su mirada se dirija á lo pasado, á lo presente ó al porvenir, es una muerte dulce, amable y agradable.—(1) Si mira al pasado, el justo sólo encuentra motivo de consuelo; pues ve en fin acabar esos duros y continuos combates que ha tenido que sostener con tanto trabajo, contra el mundo, el demonio y la carne; y su corazón le dice que al fin llegó el tiempo de descansar después de tantas fatigas.<sup>1</sup> Para él acabó ya el tiempo de padecer, de trabajar y de llorar; y Dios mismo viene á enjugar sus lágrimas. «Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos porque el primer estado ha pasado.»<sup>2</sup> ¡Oh qué consuelo tan grande! como la alegría que experimenta un general al terminar por una victoria decisiva, un día de combate comenzado con grandes temores y continuado con grandes dificultades. (2) Si considera lo presente, con cuánto gozo se ve separado de un mundo que siempre ha considerado como su enemigo capital, de los bienes sensibles los cuales miraba

<sup>1</sup> Amodo jam dicit spiritus, ut requiescant a laboribus suis. Apoc. XIV, 13.

<sup>2</sup> Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum... quia prima abierunt. Apoc. XXI, 4.

como una sombra y como nada; y del tiempo que le traía sin cesar el peligro de perder su eterna felicidad. ¿Cómo no alegrarse al oír decir al sacerdote que le asiste: «Sal de este mundo, alma cristiana?»<sup>1</sup> Así se alegraría un príncipe á quien hubiera despojado de su reino y le anunciase que había llegado el tiempo que dejara el destierro y volviera á tomar pacíficamente posesión de su reino.—3) Si considera el porvenir, no teme á su divino Juez; mas bien se siente consolado al pensamiento de tener que comparecer en su presencia. Así se regocija un capitán victorioso que debe presentarse en la corte de su rey con las llaves de la plaza que ha conquistado por su valor. San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús, advertido de que su muerte estaba próxima, entonó el Salmó CXXI. «Alegre estoy por lo que me han dicho: Iremos á la casa del Señor.»<sup>2</sup> No sólo San Estéban vió en su muerte el cielo abierto sobre su cabeza: cada justo al morir, cuenta con llegar á este puerto de eterna felicidad: cada justo se adelanta con la alegría del mercader que entra en el puerto, y pone en seguridad después de tantos peligros, el oro que ha traído de las Indias. Así, muere santamente el que santamente ha vivido.

2.—La muerte del pecador es una muerte amarga, terrible, espantosa, ya sea que se dirija la vista á lo pasado, ya sea que considere el presente ó el porvenir.—1) Si el pecador considera lo pasado, la vista de su vida transcurrida en el pecado, en la vanidad, en un continuo olvido de las cosas de Dios y de la salvación, le aflige profundamente. El recuerdo de las ocasiones que tuvo de salvarse y que neciamente ha perdido, de las buenas inspiraciones que ha rechazado, y de tanto tiempo mal empleado, le atormenta. Para él acabaron ya los placeres á los que se entregó desenfrenadamente; perdiéronse las rentas de que gozaba. dervanecieron los aplausos que le daban sus malos compañeros: y de este pasado tan agradable, sólo le queda el amargo pe-

<sup>1</sup> Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo.

<sup>2</sup> Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus. Ps. CXXI, 1.

sar de haberlo gozado.—2) Si considera el presente, qué dolor experimenta tambien, al ver que es menester despegarse del mundo, en donde había puesto todas sus delicias, separarse de los bienes sensibles, que hacían su única felicidad, separarse de su cuerpo que tanto había regalado, contrario á las máximas de la razón y de la fé; salir del tiempo, del cual tanto necesitaría para hacer penitencia de sus pecados! Un secretario de Francisco I, rey de Francia, lloraba al morir, porque había perdido tanto tiempo en llenar resmas de papel por el servicio de su Príncipe, y porque ya no tenía tiempo de escribir una hoja para hacer su última confesión.—3) Si considera el porvenir, ve el pecador, arriba, al Juez eterno que desciende para condenarle; abajo, el infierno que se abre para devorarle: y experimenta las angustias de un criminal cuando oye que se abren las puertas de la prisión para conducirle al cadalso.

De estas dos muertes hoy podeis escoger la que más os agrade; ó la primera, la de los justos, ó la segunda, la de los pecadores. Mas pensad, que si quereis la primera, debeis vivir santamente como lo pide el estado eclesiástico; pues no se muere bien cuando se ha vivido mal. Prometiendo á Nuestro Señor vivir santamente, pedidle os conceda una buena muerte.

*Omnipotens sempiternæ Deus, qui humano generi, et salutis remedia, et vitæ æternæ munera contulisti, respice propitius me fomulum tuum et animam refove, quom creasti; ut in hora exitus illius, absque peccati macula, tibi Creatori suo per manus sanctorum Angelorum representari mercatur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.*

LECTURA. Imit. I, 23.